

UREÑA DE MENDOZA, NICOLÁS (1822–1875)

*POESÍAS*

ÍNDICE:

PASTORELA  
UN GUAJIRO EN BAYAGUANA  
UN GUAJIRO PREDILECTO

PASTORELA

En Belén se hallan  
los Santos Reyes  
que al Niño traen  
ricos presentes.

¡Reyes felices,  
que en el pesebre  
vieron radiante  
de luz celeste  
al que buscaban  
desde el Oriente!

Los pastorcillos  
con sus mujeres  
al Niño cantan  
y le divierten  
porque en la cuna  
siempre esté alegre.

Vamos, muchachas,  
¿qué las detiene?

Cojan mil flores  
de las que crecen  
en los frondosos

lindos vergeles  
y hagan de todas  
un ramillete,  
para que al Niño  
Dios Inocente  
lleven cantando  
como otras veces.

Yo una cestilla  
de juncos verdes  
tengo adornada  
con cascabeles  
y he de llevarla  
para que juegue  
el deseado  
de tantas gentes.

Conque, muchachas,  
¿no van ustedes  
a regar flores  
en el pesebre?

Pues anden pronto,  
no más lo piensen,  
que aún allí se hallan  
los Santos Reyes.

## UN GUAJIRO EN BAYAGUANA

Entre juncos y malezas  
el Comate se desliza,  
y en su curso fertiliza  
llanuras sin asperezas.  
Hay en su margen bellezas  
para el vate peregrinas.  
Allí crece entre las ginas  
el hicaco en la sabana,  
y mas allá Bayaguana  
se destaca entre colinas.

Una mañana de Enero  
celebraba a su Patrono,  
ese pueblo dó su trono  
fijó un Cacique altanero.  
Todo era grato, hechicero

entre esa gente sencilla,  
lazos de cinta amarilla  
los sombreros adornaban,  
y las indianas bailaban  
con polleras de rejilla.

Por donde quiera se oía  
la voz de la animación,  
por dó quiera un galerón  
y del cuatro la armonía.  
En el fandango lucía  
sus zapatos el guajiro,  
y alegre siempre en el giro  
de su inocente recreo,  
repicaba el zapateo  
al son del tiple y de güiro.

Insensible a aquella fiesta  
de esa mañana de Enero,  
a largo paso un montero  
se internaba en la floresta.  
Subió rápido la cuesta  
a cuyo pié está el calvario,  
e insensible y temerario  
por la selva discurría,  
como el que teme y confía  
desafiar un adversario.

Machete al cinto y cuchillo  
llevaba de gran valor,  
con vainas de Hato-Mayor  
incrustadas de espejillo.  
Era su traje sencillo  
y en extremo descuidado,  
vestía calzón de listado  
gran chamarra de coleta  
y tosca y ancha soleta  
llevaba en vez de calzado.

Silencioso entre el verdor  
de la selva proseguía,  
solo el paso detenía  
cuando escuchaba un rumor.  
Lleno entonces de valor  
y radiante de esperanza,  
en ristre ponía su lanza

y el perro detrás de un tronco  
con ladrido fuerte y ronco  
daba la voz de asechanza.

Llegó de un cerro a las faldas  
donde en alfombra infinita,  
la olorosa campanita  
ostentaba sus guirnaldas.  
Allí se tendió de espaldas,  
fijó la vista en el cerro,  
después halagó su perro  
que apenas podía acesar,  
y le dejó descansar  
sobre colchones de berro.

La voz del cuervo palero  
se oía en medio de la calma,  
y el ruido que hacía en la palma  
el pico del carpintero.  
Silbaba el viento ligero  
del córbano en el follaje,  
blando agitaba el ramaje  
del guámano y algarrobo,  
y aun el altivo caobo  
le tributaba homenaje.

Presto, del cerro en lo alto  
un rumor se percibió,  
mas el montero le oyó  
sin el menor sobresalto.  
De esperanza casi falto  
estuvo un tiempo indeciso,  
el perro siempre sumiso  
no osó ladrar esta vez,  
cuando mostró su altivez  
un verraco de improviso.

El perro más no esperó,  
y rápido como el fuego  
de rabia y coraje ciego  
a la fiera arremetió.  
El montero contempló  
aquella escena impasible,  
luego se acercó insensible  
al tronco de un aguacate,

y se dispuso al combate  
con un valor indecible.

Después de una lucha brava  
y de un esfuerzo inaudito,  
bajo un hermoso caimito  
el puerco se revolcaba.  
El perro ya no ladraba  
y el montero satisfecho,  
de su afán y de su acecho  
vió la esperanza cumplida  
cuando la creyó mentida  
en sus horas de despecho.

Después de una ruta larga  
y de constancia y de brío,  
al festivo caserío  
llevó el montero su carga.  
Llega y su acento le embarga  
el amor que tanto abriga,  
pero su amante, su amiga,  
de amor en el dulce exceso,  
le dió un abrazo y un beso  
en premio de su fatiga.

## UN GUAJIRO PREDILECTO

Besa el Ozama al pasar  
el pie de una alta ladera,  
que conduce a una pradera  
circuida de un guayabar.  
No muy lejos descollar  
se ve un grupo de colinas,  
y entre lindas clavellinas  
matizadas de colores,  
cual salido de entre flores,  
se ve el pueblo de Los Minas.

Aunque todo el caserío  
no llega a doscientas almas,  
de yagua y tablas de palma  
hay uno que otro bohío.  
Uno está frente al río  
hecho con pencas de guano;

allí habita un pobre anciano  
con su hija, casta doncella,  
muy más hermosa y más bella  
que el cielo dominicano.

Desde Neiba a Palo-hincao,  
desde el Cotuí a la Isabela,  
es adorada Manuela,  
el ángel de Yabacao.  
Es fama que de Nizao  
un apuesto campesino  
emprendió el largo camino,  
dudoso de tanta fama,  
por sólo ver del Ozama  
el ídolo peregrino.

En una noche de luna,  
libre el pecho de cuidado,  
de un tiple al son acordado  
cantaba la media-tuna.  
Las aguas de la laguna  
ligero el viento rizaba,  
su ramaje columpiaba  
la corpulenta jabilla,  
y el viejo, desde la silla,  
satisfecho la escuchaba.

Los monteros se acercaban  
del Ozama a la ribera,  
y aquella voz hechicera  
arrobados escuchaban.  
Sus canoas aseguraban  
del mangle al tronco flexible,  
y entre el murmurio apacible  
de las aguas y del viento,  
oían del canto el acento  
y la magia irresistible.

Un guajiro atravesó  
rápido por la pradera,  
y a la cantora hechicera  
comedido se llegó.  
¡Camilo!, entonces gritó  
Manuela sobresaltada,  
y de amor turbada,  
junto al viejo tomó asiento,

que al verla en aquel momento  
suspiró sin decir nada.

Entró el apuesto Camilo,  
y la temblorosa mano  
apretó del pobre anciano,  
que le miraba intranquilo.  
Yo soy, dijo, el que este asilo  
hace un año visitó,  
el que inspirar consiguió  
su cariño y su ternura  
a la más bella criatura  
que quizás el mundo vio.

Manuela será mañana  
mi esposa tierna y querida,  
y de mi amor, de mi vida,  
será dueña y soberana.  
Mis vacas en la sabana  
pacen el verde pajón,  
y entran en mi posesión,  
por ser el hombre más rico,  
los llanos del Guabatico  
y los montes de Chavón.

También tengo en mis lugares  
de la comarca de Higüey,  
montes vírgenes de abey  
y dilatados palmares.  
Gigantescos, a millares,  
se ven los cedros crecer;  
en las nubes esconder  
quiere el caobo sus ramas,  
y entapizados de gramas  
se ven valles por doquier.

El espinillo que eleva  
la tierra de mi comarca,  
es el mejor que se embarca  
y que a la Europa se lleva.  
Campañas de rosa-nueva  
se encuentran en aquel clima,  
y de la sierra en la cima  
se mece, a impulso del viento,  
el guayacán corpulento,  
el campeche y la cabima.

Yo tengo árboles frutales,  
cajuiles y cocoteros;  
en mis playas hay uveros,  
en mis llanos caimitales.  
Crecen en mis platanales  
matas de mango y mamey,  
y cuento en el mismo Higüey  
por enteramente míos,  
los dos más grandes bohíos  
cobijados de yarey.

Mi provincia en lo feraz  
no cede en nada a Galindo;  
allí crece el tamarindo  
entre el roble y el capaz.  
Allí se ve la torcaz  
que en bandos revolotea,  
y en lo fértil de la Enea  
se hallan nidos, a millones,  
de huevos y de pichones,  
de gallinas de Guinea.

De flamencos encarnados  
se ven vagabundas tropas,  
o sobre las verdes copas  
de centinela apostado.  
Los búcaros tan preciados  
no faltan allí tampoco;  
allí en los lagos el coco  
zabulle entre las espumas,  
y luce el pajuil sus plumas  
en las llanuras del Soco.

Bellos mares apacibles  
bañan mis costas de Higüey,  
donde se pesca el carey  
y otros peces comestibles.  
Vamos, anciano: insensibles  
los hombres no son al bien;  
deja el Ozama; también  
allí hay mil ríos caudalosos,  
y viviremos dichosos  
en el más tranquilo Edén.



Guardó silencio el anciano;  
comprimió más de un suspiro  
y después dijo al guajiro  
extendiéndole la mano:  
¡Camilo! Jamás en vano  
dio su palabra algún rey;  
hoy para mí es una ley  
darte a la mujer que te ama,  
mas yo no dejo el Ozama  
por las campiñas de Higüey.

Esta choza mis mayores  
con afanes construyeron;  
aquí mis padres vivieron;  
aquí tuve mis amores.  
Yo mismo sembré las flores  
que adornan este lugar.  
Mis días quiero terminar  
en este risueño asilo.  
Ve, Manuela, con Camilo;  
yo no abandono mi hogar.

Tres días después la pradera  
que conduce a su retiro,  
atravesaba el guajiro  
con su Manuela hechicera.  
Ella dejó en su ribera  
más de una ilusión querida,  
y mientras de amor rendida  
cabalgaba por el llano,  
acá en la choza de guano  
se halló al anciano sin vida.